

y las noches en desvelo perenne; se hizo pública su mala intencion y todos huían de ella cual de un contagiado de lepra, en términos que murió loca.

Lo dicho es suficiente para dar una ligera idea del espíritu caballeresco de aquel siglo: la rudeza que al lector le parezca advertir en algunos hechos pertenece á la época el desaliño del estilo es propiedad del autor.

DIONISIO CHAULIÉ.

LA CONCIENCIA.

I.

No vamos en esta ligera narracion á discutir un punto histórico, sino á poner en claro la verdad incuestionable de que, aun en los corazones peores ejerce la conciencia provechosos bienes.

Veámoslo. Habiendo muerto en Castilla Alfonso XI, debía empuñar el cetro, para el gobierno de ella, su hijo don Pedro, á quien ya con el dictado de *Cruel*, ya con el nombre *Justiciero*, le conocen las crónicas, y queriendo como sus antecesores pagar tributo á añejas costumbres, convocó córtés para Valladolid; ¡estraña veneracion á los fueros de sus vasallos, á traves de su despótico y horrible mando!... Moviése de Sevilla, á principios de 1351, y pasando por alto la muerte dada en Talavera á doña Leonor de Guzman, combleza del rey don Alfonso, por secreto emisario de la ultrajada reina doña Maria, lleguemos á hechos que han de llamar mas la atencion de nuestros lectores. Diez y siete años contaba don Pedro, cuando autorizó el asesinato de doña Leonor, y si niño aun la sangre de las víctimas no le horripila, hombre ya le deleita. La muerte de la Guzman, habia de producir necesariamente grandes disturbios, atendida la profunda discordia que en el reino existia. Dirigióse el monarca á Burgos para de alli pasar á Valladolid, cuando nueva sangre vino á señalar y dejar rastro de su paso. Burgos despues de la muerte de doña Leonor, se agitaba en profundo desconcierto, inevitable preludio de mayores alborotos. Tenian al frente los descontentos, á Garcilaso de la Vega, el cual salió al encuentro de don Pedro en dos distintas ocasiones para disuadirle de su entrada en la ciudad: no lo consiguió ganándose en cambio el terrible encono del monarca. Entró éste en Burgos, y preparáronse grandes fiestas para su recibimiento. Demasiado crédulo Garcilaso se atrevió á presentarse en la real cámara, y por mas que la reina doña Maria trató de salvarle, don Pedro no accedió y le hizo prender, y no atreviéndose los ballesteros á cumplir las órdenes secretas que habian recibido, se presentó un tal Oña preguntando que mandaba respecto al prisionero, y el rey en voz alta y serena contestó: *Mandovos que lo maledes*, y arrojaron su cadáver en la plaza donde habian de correrse los toros para que fuese pisoteado. Es de notar que el monarca sigue los consejos de su madre, cuando son sanguinarios como con doña Leonor, y los rehúsa cuando son benignos como con Garcilaso. Así concluyó la revuelta de Burgos, no sin morir tambien Pedro Fernandez de Medina, Alfonso Fernandez Escribano, y Alfonso Garcia de Camargo.

II.

Tiempo es ya de que entremos, por decirlo así, en materia; pero eran necesarios todos esos antecedentes para el perfecto conocimiento de nuestro relato. El mismo día de la muerte de Garcilaso encaminóse don Pedro, seguido de su fiel paje Mendo, á recorrer las cercanías de la ciudad. Como ningún objeto fijo le guiaba dejó marchar libremente á su corcel, alejándose mas de lo que pensaba, y como la noche se venia encima, resolvió acojerse á la hospitalidad de un pequeño pueblo que cercano tenian. Penetraron en él cuando sus habitantes se habian entregado al reposo. No obstante, en una casa de pobre aspecto brillaba una luz y á ella se encaminaron señor y escudero. No bien llamaron cuando una blanca cabeza asoma por la venta diciendo ¿quién va?

—Abrid, anciano, respondió el rey; soy un caballero de la corte, que no conociendo estos sitios se ha perdido y os demanda albergue por esta noche.

—Pase vuesa merced, exclamó la misma voz al poco rato abriendo el postigo.

Penetraron en la casa los viajeros y quedaron mudos de asombro al encontrarse en una sala de pobre apariencia pero en extremo limpia y ver de pié y apoyada en un sitial una hermosísima jóven de diez y ocho años, de agraciado rostro, rasgados ojos, blanca mano, hermosa boca y espresion angelical.

—Vive Dios, querido patron, que teneis bellos adornos en vuestra casa.

—Señor, mi hija Estrella no es hermosa, es simplemente buena, me consuela en mi vejez y me alivia en mis dolores. ¿Qué seria de Nuño sin este apoyo?

—Con tal Estrella, Nuño amigo, no dudo llegareis á seguro puerto, que si Estrella es su nombre, luceros son sus ojos capaces de disputar su brillo á los del cielo.

Viendo Nuño la insistencia del galan en prodigar requiebros á su hija le interrumpió diciendo:

—Permitid, señor, que os pregunte vuestro nombre para agradecer vuestras mercedes.

—Me llamo Pedro Lopez de Vivar.

—Y bien, don Pedro, hacednos la merced de aceptar una frugal cena que os ofrecemos de buena voluntad.

—¡Qué me place! dijo el rey.

—Ve, hija mia, y prepara lo necesario, añadió el anciano.

Salió Estrella del aposento y don Pedro la siguió con la vista hasta que hubo desaparecido.

Centaron efectivamente y se entregaron al reposo, pero don Pedro no pudo dormir pensando en la hermosa hija del prudente Nuño. Arrebatado y ciego de amor, discurrió llevársela á la corte, para conseguir mas fácilmente sus deseos. Tampoco Estrella pudo dormir; dos afectos distintos agitaban su candoroso corazon. uno de repugnancia instintiva hacia don Pedro, otro de amoroso recuerdo hacia el paje Mendo; y ya que la ocasion llega, bueno será hagamos presente á los lectores, que el doncel por su gallardía y gentil presencia, merecia desde luego que se fijaran en él los ojos de la bella. Levantóse don Pedro temprano y encontrando despierta á Estrella la requirió de amores sin conseguir mas que desdenes y desaires. Agotó cuantos recursos su enamorado corazon le sujeria, y viendo no adelantaba un punto en su empresa, montó en cólera y enfurecido cogió violentamente á la jóven y haciéndola caer de rodillas, exclamó:

—Sabed, Estrella, que quien os ofrece su amor y os promete su proteccion, es el rey don Pedro de Castilla.

—Poco se conoce en vuestras maneras que seais, no ya rey, sino noble siquiera.

Caro hubiera pagado la jóven tal atrevimiento, pues ya el monarca llevaba su mano á la daga, si al mismo tiempo no hubieran entrado en la estancia Nuno y Mendo. Contúvose el rey al verlos y volviéndose á Nuno:

—Seguidme, tengo que hablaros, dijo, y pasaron á otra habitacion.

Quedaron solos Estrella y Mendo, el cual tambien sentia amorosa atraccion hacia la bella. Refirióle ésta lo ocurrido, manifestáronse su mútuo amor; pero como nada completo hay en el mundo, al lado de su naciente cariño veian levantarse el airado poder de don Pedro. Este habló largo rato con Nuno, le hizo ver quien era y le prometió riquezas y honores.

Demasiado conocia Nuno el carácter del rey, así es que se manifestó sumiso y obediente en toda la conferencia. El monarca partió solo para Burgos dejando á Mendo el especial cuidado de acompañar por la tarde al padre y á la hija á la ciudad, y conducirlos á determinado aposento de la real morada. A la puerta encontró á Estrella y encarándose la dijo con tono acre:

—No tardarás mucho en conocer lo que puede don Pedro de Castilla.

III.

Partió el rey, y no bien se hubo alejado, rompieron en prolongados sollozos los tres personajes que quedaban en la estancia.

—¡Riquezas y honores! exclamaba Nuno, ¡pobre hija! ¡desdichadas canas!!

—Primero la muerte que la corte, padre, decia la jóven; mientras que Mendo se mesaba los cabellos ante la idea de perder á Estrella.

Pasados los primeros momentos de angustia reflexionaron, y con los pocos recursos que Mendo conservaba en la bolsa, resolvieron huir y ver si podian ganar las fronteras de Portugal antes que don Pedro pudiera alcanzarlos, y hacer caer sobre ellos su venganza. Así lo hicieron, y en el acto se pusieron en camino, temerosos siempre y comprendiendo á cada paso el peligro que corrian.

Inútilmente esperó don Pedro la llegada de Mendo y los huéspedes. Pasó intranquilo y de pie toda la noche; al romper el alba montó á caballo; llegó á casa de Nuno y la encontró desierta; preguntó y solo pudieron decirle que el día anterior muy de mañana habian salido del pueblo Nuno, su hija y un desconocido, sin volverse á saber de ellos. Comprendió entonces el engaño y sobre la cruz de su espada juró tomar cruel venganza. Volvió á palacio y despachó mensajeros en busca de los fugitivos.

A los doce días trajo un correo la buena nueva de que Nuno y su hija habian sido presos y que le seguian de cerca.

—¿Y Mendo? preguntó el monarca.

—Tambien fué preso; pero ha logrado burlar nuestra vigilancia y ha huido.

—Si viene Estrella poco importa lo demás.

Mandó conducir á Nuno á una prision; y á un aposento apartado, situado en el piso bajo, á la jóven, con centinelas de vista; así se ejecutó y al poco rato don Pedro pene-

tró en la estancia donde se hallaba la desgraciada jóven llorando su infortunio.

Mandó retirar los soldados y dijo:

—Ya veis, Estrella, lo que puedo; ya veis que es inútil trateis de resistiros; corresponded á mi amor y sereis dichosa, tendreis lo que querais, pero oidlo bien, si os oponéis á mis deseos, os haré comprender de lo que soy capaz; amadme, puesto que yo os amo; queredme, puesto que yo os quiero.

—Señor, antes de prenderme os aborrecia, hoy os odio y os maldigo. Habeis turbado nuestro bienestar, nuestra dicha; si quereis ser generoso, olvidaos de mí y volvedme esa felicidad perdida.

—Nunca, pues quieras ó nó, serás mía.

—Eso jamás, exclamó la jóven; y sacando un agudo puñal de entre la ropa, lo clavó en don Pedro, que cayó al suelo. Al ver su obra, saltó Estrella por la ventana que daba al campo y huyó.

El rey, que habia caído mas bien por la sorpresa del ataque que por la gravedad de la herida, se levantó con presteza, salió seguido de varias gentes de armas á reconocer los alrededores de palacio; pero por ninguna parte encontró el objeto de sus pesquisas. Volvió á su estancia y exclamó:

—Estrella, has derramado la sangre de tu rey, pues bien, tu rey gozará viendo correr la tuya.

IV.

Un mes habrá pasado de los acontecimientos que venimos narrando. Nuno gime en oscura prision. Nada se sabe de Estrella y Mendo. El rey continúa en sus proyectos de venganza sin conseguirla. Nuevos disturbios vienen á conmover la paz de Castilla y el monarca en persona tiene que dejar la tranquila ciudad por la agitada vida de campaña. Llegó en esto un balletero á participarle que Estrella habia sido presa en el mismo Burgos, y que cumpliendo sus órdenes la traian al campamento donde llegaría á los dos días. Gozoso se manifestó el soberano con tal noticia y decidió, dando las órdenes oportunas, que estuviera todo preparado para que despues de una conferencia que tendria con Estrella, esta fuera descuartizada viva, por haber osado poner la mano en la persona del rey.

Horrorosa impresion causó en el campamento tan cruel orden, pero nadie se atrevió á contradecir á el monarca. Al siguiente día, vispera de la llegada de Estrella, don Pedro descansaba en su tienda cuando vinieron á anunciarle que un caballero extranjero queria tener con él secreta conferencia. Admitió el rey y penetró en la estancia un gallardo mancebo recatado el rostro. Así que se encontraron solos se descubrió y ¡cuál sería el asombro del monarca al encontrarse frente á frente de su antiguo paje Mendo! Largo tiempo permanecieron callados hasta que don Pedro exclamó:

—Jamás creí que hubiera en el mundo personas tan viles como tú, é hizo ademán de dirigirse al paje.

—Vuestra Alteza me insulta sin razon, dijo Mendo. Amo á Estrella y por eso os he faltado: por eso esponiéndome á vuestras iras vengo á pedir os su perdon. Su falta consiste en ser honrada. ¿Merece esto el castigo de un gran rey como Vuestra Alteza?

—ientes, villano, su falta consiste en haber herido á su señor, su delito esta en despreciarme, y puesto que la amas,

lo que sufras mañana con su martirio, será mi recompensa, será mi justa venganza.

—Alma ruin y miserable abriga vuestro pecho, don Pedro; ¡desgraciada Castilla! ¡Pobre patria!

Sin poderse contener se arroja el rey sobre Mendo, y ligero como el rayo, le hace caer en tierra y con sin igual presteza clava repetidas veces la daga en el desfallecido cuerpo del escudero.

Revuélcase este en sangre y al espirar esclama:

—Permita el cielo murais de la misma manera traidora que yo muero. Maldito seais.... ¡Virgen santa amparadme, protegéd á Estrella!...

Comprendió don Pedro su crueldad, y las últimas palabras del escudero quedaron clavadas en su pensamiento, y con razon, pues la maldicion de Mendo habia de cumplirse en los campos de Montiel andando el tiempo. Se hizo



Las victimas cristianas rogando al Señor por la salvacion de su verdugo.

cargo del mal efecto que produciria en su gente ese cruel de asesinato, y dió orden de que nadie penetrara en la tienda, pues queria conversar solo con el extranjero. Arinconó el inerte cuerpo del paje y se recostó en el lecho meditando que partido tomar: poco á poco el sueño le embargó y durmiéndose profundamente... soñó que despues de una nube oscura llena de rojizos resplandores y manchas

de sangre, el cielo aparecia claro limpio, y sereno; el Supremo Hacedor rodeado de nubes celestiales resplandecia en el centro; á su alrededor cinco figuras envueltas en blancos sudarios, dirigian sus preces al Altísimo. A poco los fantasmas retiraron el manto que les cubria el rostro, y el rey vió claramente á sus cinco victimas, Garcilaso de la Vega, Fernandez de Medina, Fernandez Escribano, Garcia Camar-

SEGUNDA SERIE.—1867.

AÑO XXV. 24.

go, y por último el paje Mendo, todos con sus heridas abiertas y manando sangre. Aquellas figuras perdonaban á su matador y pedían para él la gloria eterna y los favores del cielo, pero suplicaban al Rey de los reyes, conmoviese el endurecido corazón del rey de Castilla, para que la inocente y pura Estrella no sufriese el cruel castigo á que estaba sentenciada.

La respiración de don Pedro era trabajosa, se despertó sobresaltado, y aquel hombre que jamás temblaba tuvo miedo de sí mismo. Se levanta, clava su espada en tierra y ante su cruz reza.....

V.

El sol doraba los estensos campos de Castilla. Mudo espanto reina en el campamento de don Pedro. Este vestido de negro y con desencajado rostro, pasea inquieto por entre sus tropas. A lo lejos confuso tropel se acerca: es Estrella que viene á pagar con su vida su heroica acción. Llega junto á la tienda del rey, penetra en ella. Las sangrientas señales del día anterior han desaparecido, el monarca meditabundo espera á la víctima. No bien la ve entrar se levanta afable, la coge de la mano y la hace sentar hablándola de esta manera:

—Hermosa Estrella, he sido causa de tu desdicha, he destrozado tu porvenir, he atentado á tu honor. Soy un malvado é hiciste mal en no matarme cuando me heriste. Hoy solo deseo tu felicidad, ¿qué quieres, qué deseas? Dímelo, y tu voluntad será una orden para tu señor.

Atónita quedó la joven de tal lenguaje y dando apenas crédito á lo que oía exclamó:

—Dios es justo y os trae á buen camino, el cielo os premiará. Solo deseo ser esposa de Mendo.

—Imposible: ha muerto, contestó el rey saltándosele las lágrimas, Dios me perdone su muerte.

—Desdichada de mí, sollozó Estrella, y cayó desmayada: socorrióla don Pedro, y cuando volvió en sí rompió á llorar diciendo: Mendo ha muerto, pues bien, retirarme á un convento es mi deseo.

—Concedido: parte al instante: del bueno de Nuño yo me encargo y nada le faltará.

—Dios guarde á Vuestra Alteza, exclamó Estrella arrojándose á los pies del rey.

—No: á mis brazos, hija mía, exclamó éste dándola un casto beso en la frente y dejándola partir.

Al saber el perdón resonó en el campamento un grito de alegría.

Don Pedro cumplió su promesa: Estrella entró en un convento: Nuño fué toda su vida atendido por el monarca: dió éste la batalla á los rebeldes y los venció, y es fama que mientras duró la acción, el rey veía á su lado cinco jinetes que envueltos en largos alquiceles le defendían de todo peligro y concluida tomaron su vuelo al cielo rodeando al Supremo Hacedor, y don Pedro vió que eran sus cinco víctimas, que entonaban cánticos de alegría por la salvación de Estrella.

El poder del Altísimo se ve do quiera que rigen sus santas inspiraciones y por eso los corazones mas perversos encuentran el regulador de su vida en la fé católica. Por eso el mejor juez de uno mismo en su conciencia, reflejo humano del alma que á su vez nos asemeja á la Divinidad, cuya hechura somos.

FERNANDO MELLADO.

VENTAJAS DE LA ADULACION.

La imperiosa ley de la necesidad, alentada por el interés privado, dió á conocer á los hombres, desde el origen de las sociedades, cuan ventajoso era usar el lenguaje de la ficción y de la mentira, y ocultar en casos dados los verdaderos instintos del corazón, que en secreto lo rechazaba. De aquí el que sucesivamente se hayan visto en todos los siglos y edades ensalzadas como virtudes una serie de defectos, y como chispas de genio multitud de necedades. De aquí, pues, la elevación de ciertos hombres, que merced á la miel de la lisonja que manaba de sus labios, escalaban por el favor de ídolos á cuyas aras quemaron la mira y el incienso de la adulación, unos puestos á los cuales ciertamente no eran llamados ni por sus antecedentes ni por su talento.

Pero como las sociedades todas han adolecido siempre de los mismos defectos; como en mayor ó menor escala el genio y el saber rarísimas veces se han visto premiados por sus propios merecimientos como debieran, á no contar con generosos protectores; ¿qué de extraño que la adulación sirviese y sirva en el día de medio eficaz para proporcionárselo? Y ¿qué estraneza también, que hasta los necios y presumidos echen mano de semejante muletilla y probado remedio para ver colmados sus deseos?

Acostumbrados á no ser tan intransigentes como apetecieran muchos, y á mirar todas las cosas á través del prisma de la imparcialidad; nos despojamos de la prevención con que algunos rígidos y adustos críticos juzgan á los aduladores y á la adulación, pues la costumbre ó la manía tiene mas parte en ello que la reflexión y el convencimiento de los que califican y presentan á aquellos y á esta con los negros colores de un vicio, que en nuestro concepto es una necesidad. Y en tanto no es vicio como que de los mil que reputan de tal la adulación, los nueve cientos noventa y cinco no están ó no estarán exentos de tenerlo cuando las circunstancias lo reclamen. Decir á los demás lo que sabemos que les place y recrea sus oídos, y callar lo que ha de disgustarles y darles grima, no creemos sea ningún vicio, ni que produzca daño alguno á la sociedad.

¡Cuántos hombres no hubieran llegado á ser lo que son en el día, si no hubiesen echado mano de la adulación! ¿Qué daño hay, por ejemplo, en llamar bonita, á la mujer fea, valiente al militar cobarde, elocuente al que apenas sabe hablar? La sociedad estaría convertida en un verdadero campo de Agramante, y este mundo sería un continuo vapuleo, si mutuamente los hombres se dijeran lo que son, y se sacaran á relucir sus defectos. ¿Aprovecha la adulación? Si aprovecha, adelante y dejar que se declame contra ella. ¿Daña á los demás?... Si no daña, nosotros estamos persuadidos, que no hay el menor inconveniente en que continúe, por aquel principio de: *lo que aprovecha á uno y no daña á los demás, puede practicarse.*

Por desgracia no faltan ejemplares de que: *diciendo verdades, se pierden amistades*; y si no véase el provecho que sacó el pobre Gil Blas de Santillana, que por ser franco con su amo el señor arzobispo de Granada se vió despedido de palacio, y puesto de patitas en la calle. A buen seguro que si en vez de advertir al mitrado, que en las homilias que escribía iba decayendo su estilo, le hubiese ase-

gurado que su raro talento y erudicion tomaban nuevas creces, otro gallo le cantara.

Y en prueba de la certeza de todo ello, podriamos citar mil ejemplos de las ventajas de la adulacion.

Conocemos en la corte, cierto bulle bulle marimacho, eleganton entrante en los principales salones de nuestra sociedad; constante concurrente á bailes y tertulias; prójimo que en una misma noche recorre durante la ópera la mayor parte de los palcos del Teatro Real; que tan pronto se le ve entrar en el camerino de la *prima donna* como se le ve al lado de una marquesa ó de la esposa de un banquero; que el lunes come con la primera, el miércoles con la segunda, el miércoles con la tercera, y los demás dias de la semana honra la mesa de otros varios *predestinados*. ¿Queréis saber por qué todos hablan bien de él, le ponen buen gesto y le quieren en su mesa? Porque á la *prima donna* le dice, que su voz es una flauta y que la agilidad de su garganta es la del gilguero; á la marquesa, que no hay otra que ostente mejor gusto en el vestir, y á la esposa del banquero, que su rostro es el de un ángel; sin embargo, de que todo lo ha dicho por mera adulacion, y para llenar el buche á costa del prójimo tonto.

El sacristan que el día de Pascua de Resurreccion al ir á felicitar á las monjas de su convento, elogia con entusiasmo el buen ajuste, sentimiento y colorido con que cantaron las lamentaciones el día del Jueves Santo (que dicha sea la verdad, fueron un verdadero desbarajuste y un continuo maullido) adula á las buenas madres para que le aumenten el acostumbrado regalillo de media molienda del aromático producto de Caracas, con unos cuantos tarritos de acerolas, guindas y limoncillos en almibar.

El imberbe doncel que fingiéndose amartelado, gime y suspira al lado de una rica jamona de cincuenta primaveras, cuyo cuello y mejillas están hechas una piltrafa y su cintura un verdadero colchon sin vastas; á la cual jura eterno amor manifestándose prendado de sus hechizos, asegurándole una y mil veces que para ella no pasan dias y..... no hay que creerle, todo es pura farsa, adulacion, y deseos de zamparla los guardados patacones.

El padre que oye elogiar las felices disposiciones y adelantos de su hija en el piano, y asegurar al maestro que la enseña, que con el tiempo y con constancia llegará á ser una celebridad artistica émula de Talberg, Liszt, ó de Chopin, y no comprende lo que valen tales pronósticos, es un solemne pelmazo, pues ignora que por medio de semejantes adulaciones el sagaz maestro trata de perpetuar una buena leccion, que si no le ha de dar nombradía, en cambio le dará no escasa plata.

Cuando la adulacion recae en personas públicas, varia ya en los medios y ya en los resultados. El que adula á una autoridad, si esta profesa ó ha profesado la jurisprudencia, es un Ulpiano, si es eclesiástico, un Jimenez, un Alberoni, y si es militar un gran capitán ó un Hernán Pérez del Pulgar. ¡Pobre autoridad que no conoces que el que encomia tus providencias, interiormente las critica! ¡qué el que te acosa y asedia, día y noche, y se arrastra por tus antepasadas y se vende por tu amigo, y te conquista partidarios, procura que le protejas para encumbrarse, que le tiendas la mano para levantarse si está caído, é influyas si tienes valimiento en elevadas regiones para que atiendan sus pretensiones!

Tratar de desarraigar la adulacion seria intentar un imposible, y puesto que ya hemos visto que, á pesar de ser un defecto de la sociedad no deja de tener sus ventajas, y que

no siempre podemos decir la verdad á nuestros semejantes sin peligro de romper lanzas con todo el mundo; dejemos enhorabuena que abunden los aduladores porque siempre es mejor que el que pululen los desvergonzados.

FORS DE CASAMAYOR.

ESTADO Y CONDICION DE LAS MUJERES

FUERA DE EUROPA.

GALANERIA Y CUMPLIMIENTO DE DEBERES HACIA EL BELLO SEXO.

La esclavitud fué casi siempre y por do quiera la suerte infeliz de las mujeres, y si nos separamos de los países mas civilizados de Europa, se nos presentará mas bien el triste espectáculo de una multitud de esclavas, que el halagüeño y seductor de queridas esposas y compañeras del hombre.

En Oriente, la suerte de esa encantadora mitad de la humana estirpe, es una prision perpétua, un dueño feroz y cada vez propenso al castigo, negros y monstruosos eunuocos, que sirven de desapiadados centinelas, la pena humillante del látigo á las mas leves culpas, la muerte á la menor sospecha.

En la Costa de Oro, país inhospitalario de Africa, mientras las mujeres gimen bajo el peso de las faenas muy rudas del campo, sus maridos, recostados en sus cabañas, se solazan bebiendo y fumando en largas pipas.

Mahoma dice que los bienaventurados disfrutaran en su paraíso de todas las gracias y los encantos de sesenta mil vírgenes por sesenta mil años; pero no permite la entrada en su voluptuoso Eden á las mujeres que salen de este mundo, las cuales no tendrán mas que el desabrido gozo de contemplar desde lejos la eterna dicha de los hombres.

En el Tibet la que se enlaza con un hombre, despues de haber celebrado su matrimonio, divide el tálamo con todos los hermanos de su pacífico esposo. Había la misma costumbre en la antigua Bretaña, hoy Inglaterra, segun nos refiere Julio César en sus Comentarios.

En Egipto, en otros países de Africa y en muchos de Asia son muy ordinarios los matrimonios á que suelen fijar un plazo los extranjeros y transeuntes. Si uno entre ellos, llevado de su capricho, quiere ejercer todos los derechos de marido en una jóven de su gusto; formaliza un acto en que espresa la cantidad que se propone dar á los parientes de su futura, y el término mas ó menos largo de su enlace. Cumplido el plazo se disuelve el matrimonio, y así el hombre como la mujer pueden contraer otro por el mismo estilo. En esos países el matrimonio se ha convertido en inquilinato.

Nadie ignora que en las Indias las viudas se creen obligadas á quemarse vivas para seguir á sus maridos en el otro mundo. Los ingleses, á pesar de que han puesto en juego todos sus esfuerzos para cortar de raíz esos infames é insensatos suicidios, no han podido lograrlo; y la feroz supersticion de los indios, no contentándose con destruir á la victima infeliz, exige que prenda fuego á la pira en que se la coloca, el mas cercano de sus parientes. Ha sucedido, pues, repetidas veces, que ha desempeñado el triste pa-

pel de primer verdugo de la viuda uno de sus propios hijos. Raynal en su *Historia del comercio de los Europeos en las dos Indias*, nos refiere un hecho, hablando de esos horrendos suicidios, que merece ser reproducido. Noticiosa una viuda fanática de que el gobernador inglés de la colonia á que ella pertenecía, se negaba á permitir que se la quemara viva, se le presentó estrechando en una de sus manos un tizon encendido, y le apostrofó en estos términos: «¿Crees, por ventura, que soy cobarde hasta el extremo de temer las llamas? Este carbon que tengo en mi puño te prueba lo contrario.» Raynal no dice mas, y no sabemos si se cumplió el tremendo sacrificio. ¡En la India, esclama De Maistre, en que es grave culpa matar una vaca, es acto virtuoso y meritorio el suicidio!

Persuadidos los Chinos por inveteradas preocupaciones de que puede dar únicamente mucho realce á la hermosura del bello sexo un pie enano, impiden su desarrollo, poniendo zapatos de hierro á las recién nacidas. Consiguen el objeto; pero se engruesan las piernas á las mujeres, porque la naturaleza busca siempre una compensacion muy rápida contra las violencias del hombre.

En el Oriente, las mujeres no salen casi nunca de sus harems; y el sultan de Egipto Al-Hakem ordenó en el siglo XI á todos los zapateros que no hicieran calzado para mujeres, porque la decencia no las permitia, á su entender, separarse ni un solo instante de los hogares domésticos. No sabemos si esta orden fué escrupulosamente ejecutada; pero lo cierto es, que el reducido número de mujeres que atraviesan en Oriente las calles, llevan su cara cubierta con un largo velo, el cual tiene tan solo dos pequeños agujeros, que dejan libres los ojos, á fin de que las mujeres puedan marchar con soltura y facilidad.

Habiendo vuelto de las Indias á Paris, bajo el reinado de Luis Felipe, un francés muy distinguido, con su esposa, natural de Lahor, el monarca dijo que deseaba verla; pero sin velo para notar las diferencias que mediaban entre sus facciones asiáticas y las de nuestras europeas. La mujer se negó, y no quiso acceder bajo ningun concepto á las exigencias de Luis Felipe, diciendo que á su esposo únicamente enseñaba su rostro sin velo.

En el Cabo de Buena Esperanza las infelices Hotentotas, que tienen las caderas tan anchas y prominentes, que en donde acaba su espinazo las abulta una gran giba, ejercen el triste oficio de cabalgaduras, como yeguas ó camellos, llevando sobre su giba á los viajeros que atraviesan grandes rios.

Los que han recorrido las historias y descripciones de nuestro globo, no ignoran que en algunos paises muy bárbaros del nuevo hemisferio, y en otros del antiguo continente, hay pueblos, que no solo ofrecen á los extranjeros con generosa hospitalidad sus chozas y cabañas, sino que mandan tambien á sus hijas y mujeres, que les prodiguen, hollando las santas leyes del pudor y de la honestidad, todas las caricias propias de su sexo; y si los extranjeros se niegan á aceptarlas, esos pueblos mezquinos se juzgan desairados.

La suerte del bello sexo es muy triste fuera de la civilizada Europa; y las mujeres deben al cristianismo su emancipacion y todas las distinciones que hoy se las tributan. Con efecto comienzan á presentárenos revestidas de un carácter augusto y noble en la edad heroica de la ley de gracia, y con especialidad en tiempo de los caballeros andantes, que lo sacrificaban todo con pureza de afecto en honor de las damas. No queremos, sin embargo, pasar en

silencio que en el siglo VI hubo algunos teólogos, que, separándose de los principios evangélicos y de las reglas de la mas sana lógica, llegaron hasta la insensatez de negar al bello sexo alma é inteligencia, diciendo que, lejos de pertenecer á la humana estirpe, formaba parte de la brutal familia; y fué menester la reunion de un concilio en Macon para cortar las alas á tan monstruosa herejía. Entre los filósofos gentiles, Aristóteles emitió tambien la absurda teoria de que acabamos de hablar; pero llevado de los impulsos afectuosos de su corazon, en vez de defenderla, la desmintió, erigiendo altares á una de las dos mujeres que tuvo, y divinizando su memoria.

El cristianismo ha emancipado al bello sexo, y la civilizada Europa le tributa hoy toda especie de homenajes, porque ha llegado á conocer, que desde el momento en que la Virgen Santa, madre del Redentor del mundo, aplastó la cabeza á la serpiente infernal, el bello sexo reconquistó toda su perdida nobleza, y fué destinado por la Providencia eterna á proporcionar al hombre toda la dicha que puede alcanzar en este valle de lágrimas y miserias y en su pasajera existencia sobre una tierra, sembrada de cardos y espinas.

¡Qué suavidad y dulzura de afectos abriga en su corazon una madre hácia las prendas queridas de sus entrañas! ¿Te atreverás, hijo desnaturalizado, á despreciar el casto tálamo que te dió el ser?

Vosotros, filósofos impíos, que habeis proclamado la doctrina sacrilega y antisocial de que el móvil único de todas las acciones humanas es el egoismo ¿encontrais por ventura su germen en el desinterés y la abnegacion de una madre, que pospone su felicidad á la de sus hijos? ¿No será una hermana querida-vuestro consuelo en las mayores aflicciones? ¿No figuran en nuestros anales muchas esposas fieles, que han puesto en grave riesgo su propia existencia para salvar la de sus amados conyuges? ¿Encontrais en todas esas mujeres la fiera ponzoña del egoismo, la fiera ponzoña de esa pasión abyecta y vil?

Las mujeres cuidan de nuestra infancia, y son nuestras primeras educadoras: ellas preparan nuestro porvenir, y de ellas depende en gran parte nuestra dicha ó nuestro infortunio. En el Oriente son muy raras las virtudes, que convierten á los hombres en héroes, porque las que cuidan de su infancia en el fondo de los harems, son miserables esclavas, sometidas á los impuros caprichos y brutales deleites de su señor. ¿Pueden esas mujeres desgraciadas infundir en el corazon de sus vástagos aquellos sentimientos elevados y nobles que ellas desconocen, y que dan al hombre aquel tinte de fuerza y grandeza, muy propias de los Europeos, educados siempre, en mayor ó menor escala, por mujeres libres?

En donde el bello sexo está sometido al látigo y á la esclavitud, los hombres son déspotas, feroces y dominados por las pasiones mas ruines. En donde respira las auras de una moderada libertad nacen los héroes.

Un escritor célebre se espresa en esta forma, hablando de las mujeres: «El bello sexo está dotado de órganos tan delicados, de un sentimiento tan esquisito, de un gusto tan refinado, y tal vez de un humor tan esquivo, que cuando se trata con las damas todos los galanteos no merecen nunca ser calificados de excesivos. Una traspiracion algun tanto fuerte las causa desmayo, un gesto sin gracia lo atribuyen á desaire; y su alma es muy parecida á un agua pura y trasparente en que se refleja todo el espectáculo de la naturaleza, y en que todos los objetos parecen vacilar

si una hoja ó un céfiro ligero agita su superficie. Pero un lindo ramillete de flores, bañadas todavía del rocío matinal, una fruta, que en vuestro jardín llegó á su madurez antes que todas las demás, una cinta, invencion muy reciente de la moda, una novelita, que las entretiene con gracia, bastan para gr njearos su afecto y reconocimiento.

«Es cierto, sin embargo, que la modestia, la patética dulzura y la fidelidad son las virtudes principales de las mujeres, y que debe reinar en sus miradas el aire de la inocencia, la timidez del pudor en su rostro, la gracia en todos sus movimientos. Mereceremos, pues, el nombre de groseros, si nuestros discursos las obligan á ruborizarse, y si nos excedemos hasta el estremo de suponer que se ha apagado en ellas la idea de la virtud (1).»

Este pasaje, que acabamos de transcribir, y lo que llevamos espuesto anteriormente son el mas claro testimonio de que el bello sexo es acreedor á los actos de la mas refinada cortesía; y los hombres están estrictamente obligados á manifestarse cada vez mas obsequiosos con las mujeres. El uso exige en nuestra sociedad, que el bello sexo sea servido con preferencia en los banquetes mas espléndidos y suntuosos, y que se le brinde con los manjares mas esquisitos y delicados. Un caballero, que lleve del brazo á una dama en público paseo, no dejará de juzgarse muy honrado; y en los meses calurosos del estio, si se ve en la dura necesidad de atravesar con ella las calles en pleno día, buscará la sombra para que los rayos del sol no dañen la tez aterciopelada de su dama, ni alteren el color sonrosado de sus mejillas. En los grandes espectáculos y en los coliseos cederemos siempre al bello sexo los puestos mejores para que lo observe todo descansada y cómodamente, y para que sus encantos, su hermosura y su lujoso atavio fijen las miradas de los concurrentes; y en tanto ésta ó la otra dama, arrimando á su rostro el abanico, que la sirve de cetro, mirará al través de sus varillas, con gracia y sin escándalo, á los caballeros, que hermanan el brillo de sus verdes años con la elegancia de sus trajes. Si en un día plácido y sereno una noble comitiva de damas y caballeros quiere dar un paseo por las argentadas olas del mar, al embarcarse las damas y á su desembarco encontrarán siempre un apoyo á sus manos delicadas en los brazos, de sus respectivos caballeros. Si concurren á una cacería, que sean ellas las preferidas en tirar á las aves mas buscadas y al mejor venado, que están al alcance del cazador.

El bello sexo es naturalmente vanidoso, y un hombre necesita sagacidad y buen tino para halagarle con cariñosas lisonjas sin comprometer su propio decoro. Isabel de Inglaterra, rival muy celosa de la hermosura de la infortunada María Estuardo, preguntó al embajador de esta última: «Quien entre las dos le parecia la mas bella.» El embajador que no queria mentir, ni causar disgusto á Isabel, contestó: «Vos, señora, sois la mas hermosa de Inglaterra, y mi reina disfruta del mismo privilegio en toda Escocia.» Cristina de Suecia dió siempre testimonios de afecto y una preferencia muy decidida en todo el cuerpo diplomático extranjero á Pimentel, ministro de España, porque éste, que guardó el mas riguroso silencio, cuando aquella célebre reina le recibió, dándole una primera audiencia, al día

siguiente la dijo, que la mucha majestad de su real persona le habia impresionado hasta el estremo de quitarle la fuerza de hablar.

El principe de Talleyrand, asistiendo en Lóndres á un gran banquete, se halló sentado en medio de la baronesa Staël, mas bien sábia y erudita que hermosa, y de una dama francesa, dotada de todas las gracias seductoras y de todos los encantos propios de su sexo. Giraba la conversacion sobre los graves riesgos, á que se ven espuestos con frecuencia los navegantes. Entonces la Staël, con ánimo tal vez de dar á entender á su compañera, que ella seria siempre la preferida por su mérito literario y elevado ingenio, dijo á Talleyrand: «Principe, si navegando los tres, nos viéramos próximo á naufragar, y usted no pudiera salvar á las dos sino á una sola ¿á quién prodigaría sus auxilios?»—Talleyrand, sin desairarla, contestó á la baronesa Staël, mirandola maliciosamente y de soslayo: «¡Ah, picarilla, picarilla, usted me hace esta pregunta, porque sabe nadar!»

Lo que va dicho no solo nos pone de manifiesto la mucha delicadeza y prontitud de espíritu de Talleyrand, sino que nos da á conocer tambien que debemos respetar en las señoras sus preguntas inoportunas ó poco discretas y su mucha vanidad.

Si una señora nos dijera, haciendo alarde de atrevimiento y valor: «Aunque soy mujer no vacilaria en ponerme á la cabeza de un ejército y á marchar contra el enemigo.» La contestaremos: «¡Dichoso el gobierno que pueda tener á vd. por su general! El enemigo se hincará de rodillas ante vd.: nadie osará disparar un tiro, y vd. entrará en la capital enemiga, acompañada de tambores y violas.» Si nos dijera: «¿Quién me impide ser mas astrónoma que Newton, y mas naturalista que Cuvier y Humboldt?» La contestaremos: «Nadie, absolutamente nadie, señora: y todo el orbe desea con anhelo la realizacion de tan nobles aspiraciones, persuadido de que los astros y todos los elementos porfiarán entre si para revelarla á vd. todos sus secretos y los profundos misterios que la naturaleza ha ocultado, hasta hoy á los hombres.» Un lenguaje tan galante encanta y seduce al bello sexo; nos atrae sus simpatías, y no compromete nuestro decoro con bajas y rastreras adulaciones.

Los que hablan con arrogancia y sin reserva ante las damas; los que fijan en ellas sus miradas con descaro y sin respeto; los que afectan indiferencia ó desprecio hacia ellas, merecen el nombre de groseros. Pero ¿no son eternamente culpables ante dios y el mundo los jóvenes disolutos, que con la hipocresía de un *Tartufo*, se introducen en las familias honestas para seducir á las doncellas, escudadas tan solo por su inocencia, prometiéndolas con falsos y engañosos juramentos dividir con ellas santamente el tálamo? ¿Cuán distinta fué la conducta, que observó Autorico, rey de los lombardos, aunque bárbaro, con su futura esposa, Teodolinda! Deseoso de conocerla, se presentó á esa princesa en traje de embajador; Teodolinda le dió una taza para beber, conformándose á la costumbre de su tiempo; Autorico, al devolvérsela, la comprimió con dulzura un dedo, y luego furtiva y rápidamente besó su propia mano por haber tocado la de su princesa.

Los francos espulsaban de sus asambleas y de los torneos á los que no daban públicos testimonios de respeto y veneracion al bello sexo.

En la Edad media, en esa edad tan heroica y poetica, las Cortes de amor, que á la sazón se establecieron, y que hoy provocan la risa de los necios y espíritus superficiales,

(1) El primo e il Nuovo Galateo de Melchiorre Gioja, pág. 310 y 311 del vol. 1.º Lugano 1848.

merecen ocupar un puesto muy preferente entre las instituciones, que honran mas la memoria de nuestros antiguos padres, porque realizaron en parte el amor platónico, creído por algunos escritores una ridícula y fantástica utopía. Los que están versados en la historia no ignoran, que esas Córtes, nacidas en Provenza á fines del siglo XI, eran una especie de tribunal, formado de individuos de uno y otro sexo, los cuales emitían su fallo sin apelación sobre los *tensons* (1), poemas en que los Trovadores en tiempo de la caballería andante celebraban la hermosura y las nobles dotes del bello sexo, y al propio tiempo el valor de los caballeros, que consagraban á sus respectivas damas, con delicadeza de afectos y sin impuros deseos, toda la fuerza de su lanza en abono de los menesterosos.

Las distinciones y los obsequios, que se tributan al bello sexo enaltecen su mérito, y sirven además de poderoso impulso á la práctica de todas las virtudes, que parecen pertenecer esclusivamente á las mujeres, como la modestia, el pudor y la dulzura y suavidad de su carácter compasivo. El bello sexo, pues, si se ve convertido en objeto de desprecio, no vacila en dar rienda suelta y franquear el paso á la fuerza de sus pasiones y caprichos, porque este es el único solaz que le queda, no pudiendo bajo ningún concepto colocarse al lado de hombres que le consideran tan solo como un instrumento de brutal deleite.

Las mujeres dan animación y vida á nuestra sociedad; las mujeres nos inspiran alegría; las mujeres nos sirven de consuelo en nuestras mayores aflicciones; las mujeres, después de haber recogido nuestros primeros vagidos, bien sea en dorada ó en pobre cuna, nos prodigan sus cuidados y nos educan en nuestra infancia.

En donde el bello sexo no disfruta de una moderada libertad, como en Europa, y en casi todo el nuevo hemisferio, en donde no tiene derechos ni privilegios, en donde queda perpetuamente sometido á los voluptuosos caprichos del hombre, en donde está condenado á una reclusión violenta, la sociedad toma un tinte oscuro, las costumbres se distinguen por su rudeza, son frecuentes la tiranía y las crueldades, y aun cuando esa sociedad conserva viveza y brillo por la indole y el carácter festivo de los que la componen, sus individuos corren siempre en pos de placeres groseros y sensuales. Con efecto, en Grecia, en donde todo respiraba elegancia, á excepcion de Esparta, en Grecia, que las leyes y el uso tenían á las mujeres encerradas en sus gineceos (2), los hombres se abandonaban á vicios abominables y lascivos infames, que el pudor veda nombrar; y se colmaban de dones y se erigían estatuas á las eterias (3) mas lúbricas y de mas estragada conducta. *Las cartas griegas ó anécdotas sobre las costumbres y los usos*

(1) Esta palabra que se deriva del vocablo italiano *tenzone*, que significa *combate*, se aplicó á los poemas ya mencionados de los Trovadores, porque no eran mas que verdaderos certámenes, en que aquellos vates entretejían á porfía coronas al bello sexo con sus elogios.

(2) Esta palabra, enteramente griega, y adoptada hoy en todas las lenguas modernas, significa *cuarto* ó *aposento de las mujeres*.

(3) La palabra *Eteria*, que significa en griego *compañera*, los antiguos helenos la aplicaron á sus mas distinguidas cortesanas, como Aspasia, Frines, etc., porque eran muy generalmente tan instruidas y elegantes, que todos los filósofos griegos de mas nota, como Sócrates, Pericles, Platon, etc., etc., las consideraban mas bien como compañeras de su vida que como vil instrumento de deleite.

de Grecia, que nos ha dejado el retor Alcifron, confirman este aserto.

Los Gretenses, por el contrario, daban testimonios de profundo respeto y mucha veneración á las mujeres; y ese pueblo, cuyas leyes merecieron los elogios del divino Platon, estableció, á fin de rendir homenaje al bello sexo, que presidiera siempre una mujer en los públicos festines. Ella escogía las viandas mas esquisitas, y las presentaba á los que habian adquirido fama y lustre por su valor en las batallas, y por su discrecion y sagacidad en los consejos. Una distincion tan honorífica, lejos de despertar envidia y bajas rivalidades, daba alas al amor propio del bello sexo, y fomentaba cierta noble emulacion, aspirando todas cada vez con mas ahinco á ocupar un puesto preferente por su mérito.

Las leyes autorizaban, no hace todavia muchos años, el duelo en la isla de Malta, y venia declarado cobarde y vil el que no aceptaba un reto; pero los combatientes estaban obligados á abandonar el desafio, si lo mandaba un clérigo, un caballero ó una dama.

Pero antes de poner término á este artículo, juzgamos muy del caso apuntar con respecto al bello sexo algunas particularidades, que no dejan de tener un interés de actualidad.

El protestantismo, que en vez de promover y fomentar las reformas verdaderamente útiles, que la sociedad europea exigía, no hizo mas que inaugurar un insensato racionalismo, humilló tambien al bello sexo, y menoscabó su dignidad, declarando el matrimonio contrato meramente civil, y admitiendo el divorcio y el repudio de una esposa para dividir el tálamo con otra. Allaná además el camino á los caprichos impúdicos de ambos sexos, permitiéndoles quebrantar los lazos del himeneo; despojó al matrimonio de su augusta grandeza y de su indisolubilidad; hizo que los hijos vieran con grave escándalo á sus padres, ya contraer nuevas nupcias, mas bien lascivas que castas, ya vivir bajo distinto techo como dos estraños, entregados á todos los deleites del mas desenfrenado libertinaje. En fin, el protestantismo intentó convertir el santuario de los hogares domésticos en infame mezquita. Pero el sentimiento de la conciencia, mas poderoso y fuerte que las flechas emponzoñadas de la herejía y del error, ha inspirado siempre en el ánimo de los mismos protestantes tanto respeto y una veneración tan profunda hácia el matrimonio, como en el de los católicos; y en los países luteranos, calvinistas ó de otras sectas heréticas de nuestra Europa, el bello sexo disfruta de las mismas distinciones que en los países católicos, si le acompañan la modestia y todas las virtudes, que enaltecen su nobleza y decoro.

Las costumbres y las leyes, que no están basadas en la perfecta moral, encuentran un número muy reducido de individuos, que se atienen escrupulosamente á su ejecución, aun cuando parecen acariciar nuestro interés, y facilitar el camino á pasiones que deseamos satisfacer. Con efecto, existe todavia en Inglaterra la ley muy bárbara, que otorga al marido el derecho de llevar al mercado á su legítima esposa con una cuerda al cuello, y venderla como una vaca ó una yegua; y sin embargo, nadie apela hoy á esta ley, ni hay país en Europa, en que el bello sexo sea mas respetado que en Inglaterra. Pero, en esa isla famosa, tierra clásica de la libertad; mientras que una ley, baldon y vituperio de la civilización moderna, autoriza la venta de una mujer, como si fuera una bestia de carga, otra confiere el trono tambien á las hembras.